

de un culto religioso. Y no obstante ésto que todos los dias presenciarnos, se mezclan tambien hoy fenómenos vergonzosos, de hombres que, dándola de esforzados, ó llamaré locos, se allegan á la muerte así, así, y se dejan enterrar como béstias.

¿Cuál es el carácter de estos entierros en sí mismos y en la opinion general? Son manifestaciones de irreligion, de impiedad. ¿Y será permitido participar de ellas? Nunca. No es permitido á ningun católico, á ningun cristiano, á ningun hombre, porque el hombre es un ser religioso; y participar de un acto de irreligion, de impiedad, sería un crimen.

No se alegue por excusa para asistir, que se hace de buena fé y porque es un amigo, un pariente, una persona á quien se está obligado; porque todos estos títulos no le quitan al acto su carácter propio, que tiene en la opinion general de acto de irreligion é impiedad, del que no puede participar el católico. Asistís á una manifestacion de impiedad; luego, por el mismo hecho, participais de ella; y vuestro candor sería fenomenal si no lo vieseis así. Dejemos á los muertos el cuidado de sepultar á sus muertos; es decir, á la impiedad el cargo de sepultar la impiedad, á los hombres sin Dios el cuidado de sepultar á los que entierran como béstias.

### SECCION III.—Variedades.

Lo que está determinado que suceda, eso será.

Un soldado, terminado su engan-

che en el ejército, volvió al techo materno.—Llegó el domingo.

—Vamos á misa, le dijo la madre.

—Oh, no! advertid madre que he viajado; he visto á Paris, el jardin de las plantas, el elefante, el hipopótamo, la girafa; considerad pues, que ahora estoy muy ilustrado para rezar como las beatas.

—Ah! tú no tienes necesidad ahora de Dios, porque has visto la girafa.

—Sí, madre, y con solo razonar conmigo mismo, me digo: No me sucederá, sino lo que deba sucederme; es pues, superfluo pedir algo é ir á enfadar á Dios.

La buena madre fué sola á misa, y vuelta á su casa, nada preparó para la comida.

Llega el soldado á la hora de comer, la mesa está vacía, no hay fuego en la chimenea.

¿Qué es ésto, madre? ¿acaso vamos á comer fuera de casa?

—No.

—Pero si vos no habeis preparado nada.

—Es que con tu razonamiento yo me he ilustrado tambien. Me he dicho para mis adentros: no sucederá sino lo que deba suceder: inútil es pues, inquietarme; y si mi hijo debe tener una buena comida, la tendrá: si debe pasarse sin ella, pasará.

El hijo comprendió la leccion y volvió al buen sentido.

—Madre, la dijo, haga U. la comida, y desde el domingo próximo iremos juntos á misa.

# COLECCION

DE

## Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

Tom. 3. Guadalajara, Noviembre 8 de 1880. Num 71

### SECCION I.

#### Disposiciones generales de la Iglesia.

#### CARTA-ENCICLICA.

de nuestro Santísimo Padre Leon XIII á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos del orbe católico, que conservan la gracia y comunión con la silla apostólica.

(Continúa.)

Porque Dios providentísimo, así como para defensa de la Iglesia suscitó mártires esforzadísimos pródigos de su magnánima vida, contra la fuerza de los tiranos; así á los falsos filósofos como á los herejes, ha opuesto varones grandes en sabiduría, que defendiesen el tesoro de las verdades reveladas, áun bajo el amparo de la humana razon. Así que, desde los mismos principios de la Iglesia, la doctrina católica se encontró con adversarios sumamente temibles, que burlándose de los dogmas y costumbres de los cristianos, suponían que habia muchos dioses, que

la materia del mundo careció de origen y causa y que el curso de los acontecimientos estaba sujeto á cierta fuerza ciega, y encerrado en una necesidad fatal, no dirigido por los planes de la Divina Providencia.

Pues á estos maestros de loca enseñanza combatieron oportunamente aquellos sábios varones que llamamos *apologistas*, y que alumbrados de la fé, sacaron tambien de la humana sabiduría los argumentos con que demostraron que debia ser honrado un solo Dios, perfectísimo en todo género de perfecciones; que todas las cosas habiendo sido producidas de la nada, por la virtud del Omnipotente, se conservaban por la sabiduría del mismo, y se dirigia y movia cada una á sus propios fines.

El primer puesto entre ellos lo tiene San Justino, que despues de haber recorrido las más célebres academias de los griegos, como para probarlas, y habiendo visto claramente que la verdad no se podia sacar más que de las enseñanzas reveladas, como él mismo confiesa á boca llena, las abrazó con todo el ardor de su alma, las expurgó de las

calumnias, las defendió varonil y copiosamente ante los emperadores romanos, y concilió con ellas no pocos dictámenes de los filósofos griegos, lo cual también desempeñaron ilustremente por aquel tiempo Cuadrato y Aristides, Hermias y Atenágoras.

Ni consiguió menos gloria en la misma causa el invicto mártir y Obispo de la Iglesia de Leon de Francia, Ireneo, el cual, refutando esforzadamente las perversas opiniones de los orientales diseminadas por los Gnostinos, por los confines del imperio romano, explicó los orígenes de todas las heregias [según afirma San Gerónimo] y de qué fuentes filosóficas emanaron.

Todo el mundo conoce las controversias sostenidas por Clemente de Alejandría, á propósito de las cuales exclamaba San Gerónimo con admiración: *¿Qué se puede encontrar aquí de inculto? ¿Qué hay aquí que no provenga de las entrañas mismas de la filosofía?* Clemente dejó sobre una increíble variedad de asuntos, una cantidad de obras á cual más útil para el estudio de la filosofía, para el arte y ejercicio de la dialéctica, para establecer la concordia entre la fé y la razon. Despues de él, viene Orígenes.

Este ilustre maestro de la escuela de Alejandría, muy instruido en las doctrinas de los griegos y de los orientales, publicó libros tan numerosos como sábios, de maravillosa utilidad para la interpretacion de las divinas Escrituras y la explicacion de los dogmas sagrados. Bien que sus obras, tales al

ménos, como hasta nosotros han llegado, no están completamente exentas de errores, encierran, sin embargo, un gran número de máximas que fecundan y afirman á la vez las verdades naturales. A los herejes opone Tertuliano la autoridad de las Santas Escrituras; con los filósofos cambia de táctica y les opone la filosofía. A estos últimos los refuta con tanta sutileza y erudicion, que no teme arrojarles á la cara este reto: *En materia de ciencias, como en materia de disciplina, penseis como querais, no estais á mi altura.*

Arnobio, en sus libros contra los gentiles, y Lactancio, principalmente en sus *Instituciones divinas*, emplea igual elocuencia é igual vigor para inculcar á los hombres los dogmas y los preceptos de la sabiduría católica: lejos de trastornar la filosofía, como lo hacen los académicos, se sirven para convencer, ora de las armas que les son peculiares, ora de las que les facilitan las querellas intestinas de los filósofos.

Los escritos que el gran Atanasio y Crisóstomo, el príncipe de los oradores, nos han dejado sobre el alma humana, los divinos atributos y otras cuestiones de soberana importancia, son á juicio de todos, de tal perfeccion, que nada puede decirse más copioso ni más profundo. Sin querer alargar demasiado esta lista de grandes talentos, añadiremos, sin embargo, á los que hemos nombrado, á Basilio el grande, así como á los dos Gregorios.

Los tres salian de Aténas, ese domi-

cilio de la civilizacion, provistos abundantemente de todos los recursos de la filosofía; y esos tesoros de ciencia que cada uno de ellos habia adquirido, en el ardor de su celo, los invirtieron en la refutacion de los herejes y la enseñanza cristiana.

Pero la palma parece pertenecer, entre todos, á San Agustin, poderoso genio que penetró hasta el fondo en todas las ciencias divinas y humanas, armado de una fé soberana, de una doctrina no menos grande, combatiendo sin desfallecimiento todos los errores de su tiempo. ¿Qué punto en filosofía no tocó, más todavía, no profundizó? Al describir á los fieles los más altos misterios de la fé, siempre previniéndolos contra los ataques furiosos de sus adversarios; al reducir á la nada las ficciones de los académicos y de los maniqueos, asentó y aseguró los fundamentos de la ciencia humana.

Con qué abundancia y con qué penetracion trató de los ángeles, del alma, del espíritu humano, de la voluntad y libre albedrío, de la religion, de la vida futura, del tiempo, de la eternidad, y hasta de la naturaleza sujeta á cambios! Más tarde, en Oriente, Juan Damasceno, siguiendo las huellas de Gregorio Nazianceno, y en Occidente Boecio y Anselmo, siguiendo las de San Agustin, enriquecen á su vez el patrimonio de la filosofía.

En fin, los doctores de la edad media, conocidos con el nombre de escolásticos, acometen la obra colosal de recoger con cuidado la mies abundante de

doctrina esparcida aquí y allí, en las obras innumerables de los padres, haciendo de ellas una sola cosa, para uso y comodidad de las generaciones futuras. Y ahora, venerables hermanos, Nos, afortunadamente, podemos repetir las palabras de las cuales Sixto V, nuestro predecesor, hombre de profunda sabiduría, explica el origen, carácter y la excelencia de la doctrina escolástica:

“Por la divina munificencia de Aquel que solo dá el espíritu de ciencia, de sabiduría y de inteligencia, y que en el curso de las edades, y según las necesidades, no cesa de enriquecer á su Iglesia con nuevos beneficios, de proveerla de nuevas y seguras defensas; nuestros antecesores, hombres de ciencia profunda, inventaron la teología escolástica; pero son, sobre todo, dos gloriosos doctores, el Angélico Santo Tomás y el Seráfico San Buenaventura, ambos profesores ilustres en esta facultad, los que con su talento incomparable, su celo asiduo, sus grandes trabajos y sus vigiliass, cultivaron esta ciencia, la enriquecieron y la legaron á sus descendientes, dispuesta en un orden perfecto y aclarada con abundantes ampliaciones. Y ciertamente, el conocimiento de una ciencia tan saludable que se deriva del fecundísimo manantial de la Santa Escritura, de los Soberanos Pontífices, de los Santos Padres y de los concilios, ha servido en todo tiempo á la Iglesia, con gran ventaja, sea para la sana inteligencia y ver-

“dadera interpretacion de las Escrituras, sea para leer y explicar á los Padres con más seguridad y utilidad, sea para desentramar y refutar los errores varios y las heregías; pero en estos últimos dias que nos han traído los tiempos críticos profetizados por el Apóstol y en los cuales hombres blasfemos, orgullosos seductores, pro-gresan en el mal, errando ellos mismos é induciendo á error á los otros; seguramente para confirmar los dogmas de la fé católica y refutar las heregías, la ciencia de que hablamos, es, más que nunca, necesaria.”

Este elogio, bien que parezca que solo alcanza á la teología escolástica, es, sin embargo, extensiva á la filosofía misma. En efecto, las cualidades eminentes que hacen á la teología escolástica, tan formidable á los enemigos de la verdad, á saber, y [proseguimos con el mismo pontífice] “esta cohesion tan estrecha y perfecta de los efectos y de las causas, este orden y esta simetría, semejantes á los de un ejército en campaña, estas definiciones y distinciones luminosas, esta solidez de argumentacion y esta sutileza de controversia, cosas todas, mediante las cuales, se separa la luz de las tinieblas, se distingue lo verdadero de lo falso y las mentiras de la heregía, despojadas del prestigio y de las ficciones que las envuelven, aparecen al desnudo;” todas estas brillantes cualidades, decimos, se deben únicamente al buen uso de la filosofía que los doctores escolás-

ticos adoptaron generalmente, aun en las controversias teológicas.

Además, como el carácter propio y distintivo de los teólogos escolásticos es unir con el más estrecho lazo la ciencia divina y humana, la teología, “en la cual descoyaron,” no hubiera podido ciertamente adquirir tanto honor y tanta estima, en la opinion de los hombres, si estos doctores hubieran empleado una filosofía incompleta y truncada ó superficial.

Pero entre todos los doctores escolásticos, brilla como astro sin igual el príncipe y maestro de todos, Tomás de Aquino, el cual, como observa el cardenal Cayetano *por haber venerado profundamente á los santos doctores que le precedieron, heredó, en cierto modo, la inteligencia de todos.* Tomás recogió sus doctrinas como los miembros dispersos de un mismo cuerpo, las reunió, las clasificó, con orden admirable y las enriqueció de tal modo, que se le consideró con justo título, como el defensor especial y el honor de la Iglesia.

De espíritu dócil y penetrante, de fácil y segura memoria, de perfecta pureza de costumbres, no teniendo otro amor que el de la verdad, rico en ciencia divina y humana, justamente comparado con el sol, calentó la tierra con la irradiacion de sus virtudes, y la llenó con el esplendor de su doctrina. No hay un punto de la filosofía que no tratara, con tanta penetracion como solidez.

Las leyes del razonamiento, Dios y

las sustancias incorpóreas, el hombre y las otras criaturas sensibles, los actos humanos y sus principios, son objeto de las tesis que sostiene, y en las cuales nada falta: ni la abundante cosecha de investigaciones, ni la armoniosa ordenacion de las partes, ni el excelente método de procedimiento, ni la solidez de los principios, ni la fuerza de los argumentos, ni la claridad de estilo, ni la propiedad de la expresion, ni la profundidad y gallardía con las cuales resuelve los puntos más oscuros.

Añadamos á todo ésto, que el Angélico Doctor ha considerado las conclusiones filosóficas en las razones y en los principios mismos de las cosas. La extension de sus premisas y las verdades innumerables que contienen en germen, proporcionan á los maestros de los tiempos posteriores amplia materia, fructuosos desenvolvimientos que surgirán en tiempo oportuno.

Al emplear como él hizo, este mismo procedimiento en la refutacion de los errores, el gran doctor llegó á este doble resultado: á rechazar por sí solo todos los errores de los tiempos posteriores, y á facilitar armas invencibles para disipar los que no dejarían de surgir en lo de adelante. Además, al mismo tiempo que distingue perfectamente, como conviene hacerlo, la fé y la razon, une á las dos por los vínculos de una mutua amistad, conserva así á cada una sus derechos y salva su dignidad; de tal modo que la razon, llevada sobre las alas de Tomás hasta la cima de la naturaleza humana, no

puede subir más arriba, y la fé apenas puede esperar de la razon socorros más numerosos y poderosos que los que Tomás la facilita.

No hay, pues, que asombrarse de que, sobre todo, en los siglos precedentes, hombres muy doctos y del mayor renombre en teología y filosofía, despues de haber buscado con increíble avidez las obras inmortales del gran doctor, se hayan consagrado por completo, no dirémos á cultivar su angélica sabiduría, sino á instruirse y penetrarse de ella. Es sabido que casi todos los fundadores y legisladores de las órdenes religiosas, han ordenado á sus colegas el estudio de la doctrina de Santo Tomás y el ceñirse religiosamente á ella; y que han dispuesto de antemano que no fuera permitido á ninguno de ellos separarse impunemente ni aun en cosas pequeñas, de las huellas de tan grande hombre, sin hablar de la familia de Santo Domingo, que reivindicó ese ilustre maestro como gloria propia, de los benedictinos, los carmelitas, los agustinos, la Compañía de Jesus y otras órdenes religiosas que están sometidas á esta ley, como lo demuestran los estatutos respectivos.

Y aquí es donde ciertamente el espíritu se levanta con regocijo á esas escuelas y á esas Academias, en otros tiempos célebres y florecientes de Paris, Salamanca, Alcalá, Douai, Tolosa, Lovaina, Pavia, Bolonia, Nápoles, Coimbra y otras muchas. Nadie ignora que las glorias de estas Academias crecían en cierto modo con la edad, y

que las consultas que se las pedían en los asuntos más importantes, gozaron en todas partes de grande autoridad. Sabido es también que en esos nobles asilos de la sabiduría humana, Tomás reinaba como príncipe en su propio imperio, y que todas las inteligencias, tanto de los maestros como de los oyentes, descansaban únicamente en la admirable concordia de la enseñanza y autoridad del doctor Angélico.

Hay más todavía: los Pontífices romanos, nuestros predecesores, han honrado la sabiduría de Tomás de Aquino con singulares elogios y amplísimas pruebas. Clemente VI, Nicolás V, Benedicto XIII, y otros más, dan testimonio del brillo que su admirable doctrina dá á la Iglesia universal. San Pio V reconoce que esta doctrina disipa las herejías, despues de haberlas confundido y refutado, y que cada dia liberta al mundo entero de errores pestilenciales; otros con Clemente XI, afirman que han nacido de sus escritos bienes abundantes para la Iglesia universal, y que se le deben los honores y el culto que la Iglesia rinde á sus mayores doctores Gregorio, Ambrosio, Agustin, Gerónimo; otros, en fin, no han creído hacer demasiado proponiendo á Santo Tomás á las Academias y grandes escuelas como modelo y maestro á quien podían seguir con seguridad.

(Concluirá.)

## SECCION II.

### Del Patronato de Santo Tomás de Aquino.

En una sesion especial tenida el 23 de julio último, la Sagrada Congregacion de Ritos, ha resuelto la interesante cuestion relativa al patronato de Santo Tomás de Aquino, sobre todas las academias, universidades y escuelas católicas.

Como todas las grandes cosas que tienen relacion con los intereses de la religion, este asunto habia sido preparado de antemano, desde el pontificado de Pio IX; pues muchas solicitudes se habian dirigido de las provincias napolitanas, patria del Doctor Angélico, para obtener su proclamacion como protector universal de los institutos de ciencias y de educacion; mas por su misma naturaleza, es decir, por el objeto á que ellas tendian, que era conseguir una concesion que comprendiera á todo el orbe católico, tales solicitudes, debian ofrecer un carácter evidente y universal. Esto fué lo que hizo observar N. S. P. Pio IX en su breve de 3 de Mayo de 1875, al Em. Cardenal-Arzbispo de Nápoles, donde le dice: *cum haec vota totum respiciant orbem..... id undique petendum esse, ut res juxta eorum ad quos pertinet suffragium ista decernatur.*

A resultas de la memorable Encicla *Aeternis Patris* del Soberano Pon-

tífice Leon XIII, se han visto multiplicar prodigiosamente las manifestaciones de aquel deseo hasta permitir al Promotor de la fé, Monseñor Salvati, formar un grueso volumen de 345 páginas, de las demandas particulares y colectivas que se han dirigido con este objeto al Vicario de Jesucristo. Al fin de este volumen se halla impresa la *sententia pro veritate* del Promotor de la fé, el cual propone conferir á Santo Tomás de Aquino el patronato universal de estudios. En cuanto á los institutos que tengan ya un protector especial, lo conserven, si gustan, pero teniendo también el del ángel de las escuelas.

Expuestas estas conclusiones en la sesion de la Sagrada Congregacion de Ritos, de que hablamos, han sido ratificadas por los votos unánimes de los EE. Cardenales, así como por los otros padres y consultores de la Congregacion que estaban allí presentes. En consecuencia, el Papa ha proclamado solemnemente, el 4 de Agosto próximo pasado, á Santo Tomás de Aquino, patron de las escuelas católicas, por un Breve del tenor siguiente:

LEON PAPA XIII.—*Para perpetua memoria.*

“Es una costumbre fundada en la naturaleza y aprobada por la Iglesia católica procurar el patronato de hombres eminentes en santidad, y la imitacion de aquéllos que han excedido, ó llegado á la perfeccion en cualquier género; por ésto un gran número de órdenes

religiosas, de liceos, de sociedades literarias, han elegido mucho tiempo há, con aprobacion de la Silla Apostólica, por maestro y por patrono, á Sto. Tomás de Aquino, que ha brillado siempre como un sol, por su doctrina y virtud.

«Habiendo, pues, tenido en nuestros tiempos, un general incremento el estudio de su doctrina, numerosas solicitudes se han hecho á la Silla Apostólica, pidiéndole por patron para todos los liceos, academias y escuelas del mundo católico. Cierta número de obispos, dieron á conocer que este era su voto, expresándolo por medio de cartas particulares ó comunes; muchas academias y sociedades científicas, habian dirigido con el mismo objeto, humildes y repetidas súplicas.

«Para satisfacer á tan ardientes deseos, creímos oportuno diferir este asunto, á fin de dejar acrecer su número, cuando un acontecimiento favorable vino á precipitarlo: fué la publicacion hecha el año pasado, en idéntico dia, de Nuestra Enciclica sobre *La Restauracion en las escuelas católicas de la filosofia cristiana, segun el espíritu del Doctor Angélico Santo Tomás de Aquino.* En efecto, los obispos, las academias, los deanes de todos los liceos, y los sábios de todos los países, manifestaron de comun acuerdo, y á una voz, que estaban y serian dóciles á Nuestra voz, si declaráramos que se siguiera enteramente á Santo Tomás en la enseñanza de la filosofia y de la teología: que confesaban que tie-